

Gustave Flaubert

La educación sentimental

Traducción y notas de
Miguel Salabert

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *L'Éducation sentimentale*

Primera edición: 1981

Tercera edición: 2020

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuares.com

Imagen © AGE Fotostock / Bridgeman

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Herederos de Miguel Salabert

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1981, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-775-8

Depósito legal: M. 33.659-2019

Composición: Grupo Anaya

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Primera parte

Capítulo 1

El 15 de septiembre de 1840, hacia las seis de la mañana, el *Ciudad de Montereau*, presto a zarpar, exhalaba grandes torbellinos de humo en el muelle de Saint Bernard. Llegaba gente jadeando; toneles, maromas y cestos de ropa blanca dificultaban la circulación; los marineros no respondían a nadie; chocaban unos con otros los pasajeros; subían los paquetes entre los dos tambores, y el bullicio se disipaba en el zumbido del vapor, que, escapándose entre las planchas de palastro, envolvía todo en una nube blancuzca, mientras a proa la campana sonaba sin cesar.

Por fin partió el navío; y las dos riberas, pobladas de almacenes, de astilleros y de fábricas, se extendieron como dos anchas cintas desenrollándose. Un joven de dieciocho años, de largos cabellos, con un álbum bajo el brazo, permanecía, inmóvil, junto al timón. A través de la niebla, contemplaba campanarios, edificios cuyos nombres desconocía; luego, en una última mirada, se despidió de la isla de Saint-Louis, de la Cité, de Notre-Dame; y, al desvanecerse prontamente París, exhaló un profundo suspiro.

Frédéric Moreau, recién graduado de bachiller, regresaba a Nogent-sur-Seine, donde debía vegetar durante dos meses antes de comenzar sus estudios de Derecho. Con el dinero muy contado le había enviado su madre a El Havre, para ver a un tío del que ella esperaba hiciera

de Frédéric su heredero. De allí había vuelto Frédéric en la víspera; y para compensarse de la pesadumbre de no poder permanecer en la capital, había elegido para el regreso a su provincia el camino más largo.

Se apaciguaba el tumulto; todos habían ocupado ya sus lugares; algunos, de pie, se calentaban en torno a la máquina, y la chimenea escupía con un lento y rítmico estertor su penacho de humo negro; gotitas de rocío corrían por los cobres, el puente temblaba, sacudido por una pequeña vibración interna, y las dos ruedas, girando rápidamente, batían el agua.

Playas de arena bordeaban el río. De vez en cuando, los pasajeros se cruzaban con armadías a las que hacía ondular el oleaje formado por el navío, o bien con una barca en la que un hombre sentado pescaba. Se esfumaron las brumas errantes, apareció el sol, poco a poco fue inclinándose la colina que seguía el curso del Sena por la margen derecha y surgió otra, más próxima, en la orilla opuesta.

La coronaban árboles entre las casas bajas cubiertas de tejados a la italiana. Sus jardines, separados por muros nuevos y verjas de hierro, descendían en pendiente con sus céspedes, sus invernaderos y sus macetas de geranios, regularmente esparcidos en terrazas protegidas con pretilos.

Más de uno, a la vista de tan bonitas y tranquilas residencias, deseaba ser su propietario para vivir allí hasta el fin de sus días, con un buen billar, una chalupa, una mujer o cualquier otro sueño. El placer nuevo de una excursión marítima¹ facilitaba las expansiones.

1. Flaubert hizo caso omiso de la observación de Maxime Du Camp acerca de lo inadecuado de la expresión «excursión maríti-

Ya los bromistas comenzaban sus chanzas. Muchos cantaban y bebían. Reinaba la alegría.

Frédéric pensaba en la habitación que ocuparía allá abajo; en el plan de un drama; en motivos de cuadros; en pasiones futuras. Parecíale que la felicidad merecida por la excelencia de su espíritu tardaba en llegar. Se recitó versos melancólicos; andaba por el puente a pasos rápidos; avanzó hasta el final, hasta la campana, y allí, entre un círculo de pasajeros y de marineros, vio a un señor que requebraba a una aldeana, a la vez que jugaba con una cruz de oro que ella llevaba sobre el pecho. Era un hombre gallardo, cuarentón, de cabellos ensortijados. Su robusta complexión llenaba un chaqué de terciopelo negro; dos esmeraldas brillaban en su camisa de batista, y su ancho pantalón blanco caía sobre unas extrañas botas rojas, de piel de Rusia, adornadas con dibujos azules.

La presencia de Frédéric no le molestó. Varias veces se volvió hacia él interpeándole con guiños de ojos. Ofreció luego cigarros a todos los que le rodeaban, pero aburrido, sin duda, de aquella compañía, se alejó. Frédéric le siguió.

Giró inicialmente la conversación sobre las diversas clases de tabaco, luego, naturalmente, sobre las mujeres. El señor de las botas rojas dio consejos al joven, le expuso sus teorías, le narró anécdotas, se puso a sí mismo como ejemplo, diciendo todo eso en un tono paternal y con una ingenua corrupción muy divertida.

ma» aplicada a una travesía fluvial. En ese año, 1840, todavía no había tren y existía una activa navegación de pasajeros y mercancías por el Sena, desde Troyes hasta su desembocadura (656 kilómetros). Hasta Ruán podían subir buques de vela de 500 Tm y vapores de hasta 800 Tm.

Era republicano; había viajado; conocía las interioridades de los teatros, de los restaurantes, de los periódicos; frecuentaba a todos los artistas célebres, a los que llamaba familiarmente por sus nombres de pila.

No tardó Frédéric en confiarle sus proyectos; él los estimuló, pero se interrumpió para observar el tubo de la chimenea, luego musitó rápidamente un largo cálculo tendente a saber «cuánto, cada golpe de pistón, a tantas veces por minuto, debía, etc.»... Y hallada la suma, se dedicó a admirar el paisaje, tras confesarse muy contento de haber escapado a los negocios.

Frédéric sentía un cierto respeto por él, y no se resistió al deseo de saber su nombre. El desconocido le respondió de un tirón:

—Jacques Arnoux, propietario de *L'Art Industriel*, bulevar Montmartre.

Un criado, con un galón dorado en la gorra, vino a decirle:

—¿Querría bajar el señor? La señorita está llorando. Desapareció.

L'Art Industriel era un establecimiento híbrido que comprendía una revista de arte y un comercio de cuadros. Frédéric había visto varias veces ese título en el escaparate del librero de su ciudad natal, sobre grandes prospectos en los que el nombre de Jacques Arnoux se desplegaba en llamativos caracteres.

Caía el sol a plomo, haciendo relucir los zunchos de hierro en torno a los mástiles, las chapas del filarete y la superficie del agua. Se cortaba ésta en la proa en dos surcos que se desarrollaban hasta el borde de las praderas. A cada recodo del río surgía la misma cortina de chopos. La campiña estaba desierta. Había en el cielo pequeñas nubes blancas, inmóviles; y el

aburrimento, vagamente extendido, parecía debilitar la marcha del barco y hacer más insignificante aún el aspecto de los viajeros.

Salvo algunos burgueses que viajaban en primera, eran obreros y tenderos, con sus mujeres y sus hijos. Como se acostumbraba entonces a vestir sórdidamente cuando se viajaba, casi todos llevaban viejos gorros griegos o sombreros desteñidos, pobres trajes negros raídos por el roce con el mostrador, o levitas con las cápsulas de los botones abiertas por exceso de uso en el almacén; tras algún que otro chaleco podía verse una camisa de indiana manchada de café o alfileres de similor prendidos en corbatas hechas jirones; trabillas cosidas retenían escaarpines de orillo. Dos o tres bribones que tenían cañas de bambú con correíllas de cuero, lanzaban miradas oblicuas, y padres de familia dilataban sus pupilas con sus preguntas. Charlaban en pie o acurrucados sobre sus equipajes; otros dormían por los rincones, algunos comían. Cáscaras de nueces, colillas, mondaduras de peras, restos de embutidos que habían llevado envueltos en papel, ensuciaban la cubierta; tres ebanistas, vestidos con blusas, estaban ante la cantina; un arpista andrajoso descansaba apoyado en su instrumento; se oía de vez en cuando el ruido del carbón en las calderas, un grito, una carcajada. El capitán, en el entrepuente, andaba sin parar de uno a otro tambor. Frédéric, para volver a su sitio, empujó la reja que separaba la primera clase; molestó a dos cazadores que estaban allí con sus perros.

Fue como una aparición.

Ella estaba sentada, en medio del banco, sola; o al menos no vio a nadie más, en el deslumbramiento en que le sumieron sus ojos. Al pasar él, ella levantó la

cabeza; él encogió involuntariamente los hombros y, cuando se hubo alejado, se volvió para mirarla. Llevaba un gran sombrero de paja, con cintas rosa que se agitaban al viento tras ella. Sus negros cabellos, partidos en dos sobre la frente, rodeaban la punta de sus grandes cejas y descendían ciñendo amorosamente el óvalo de su rostro. Su vestido de muselina clara, salpicada de lunares, se desparramaba en numerosos pliegues. Estaba bordando algo; y su recta nariz, su mentón, toda su persona se recortaban en el aire azul de fondo.

Como ella se mantuviera en la misma actitud, él dio varias vueltas a derecha e izquierda para disimular su maniobra; luego se apostó cerca de su sombrilla, adosada al banco, y simuló observar el paso de una chalupa por el río.

Jamás había visto él un esplendor semejante al de su piel morena, ni un talle tan seductor, ni una finura como la de esos dedos que la luz atravesaba. Absorto, contemplaba su cestillo de labor como una cosa extraordinaria. ¿Cuáles eran su nombre, su domicilio, su vida, su pasado? Anhelaba conocer los muebles de su habitación, todos los vestidos que ella hubiera usado, a las personas que frecuentaba; y el deseo de la posesión física incluso desaparecía bajo un ansia más profunda, en una dolorosa curiosidad sin límites.

Una negra, tocada con un pañuelo, se presentó de la mano de una niña ya mayorcita. La niña, con los ojos arrasados en lágrimas, acababa de despertarse; ella la sentó en sus rodillas. «La señorita no se portaba bien, a pesar de que ya pronto iba a cumplir siete años; su mamá no iba a quererla; se le consentían de-

masiados caprichos.» Y Frédéric se alegraba con toda su alma al oír tales cosas, como si hubiera hecho un descubrimiento, una adquisición.

Él la suponía de origen andaluz, tal vez criolla; ¿había traído de las islas a aquella negra consigo?

A sus espaldas y sobre la borda de cobre pendía un largo chal con franjas de color violeta. ¡Cuántas veces, en medio del mar, durante las tardes húmedas, había debido ella envolver en él su cuerpo, cubrir sus pies, arrebujar su sueño! Pero, arrastrado por los flecos, se deslizaba poco a poco, iba a caer al agua. Frédéric dio un salto y lo atrapó. Ella le dijo:

—Gracias, señor.

Sus ojos se encontraron.

—¿Estás dispuesta, querida? —gritó el señor Arnoux, que apareció por el tambucho de la escalera.

La señorita Marthe corrió hacia él, se colgó de su cuello y empezó a tirar de sus bigotes. Sonaron las cuerdas de un arpa; ella quiso ver la música; y pronto el arpista, conducido por la negra, entró en las dependencias de la primera clase. Arnoux lo reconoció como un antiguo modelo; le tuteó, lo que sorprendió a los presentes. Al fin, el arpista se echó sus largos cabellos hacia atrás, sobre los hombros, extendió sus brazos y comenzó a tocar.

Era una romanza oriental que hablaba de puñales, de flores y de estrellas. La cantaba el hombre andrajoso con una voz mordiente; las palpitaciones de la máquina cortaban la melodía fuera de compás; él punteaba con más fuerza, haciendo vibrar las cuerdas, y sus metálicos sonidos parecían exhalar sollozos y como la queja de un amor orgulloso y vencido. En ambos márgenes del río, los bosques se inclinaban hasta el

borde del agua; erraba una fresca brisa; la señora Arnoux miraba vagamente a la lejanía. Cuando cesó la música, ella parpadeó varias veces, como si saliera de un sueño.

El arpista se les acercó, humildemente. Mientras Arnoux buscaba dinero en sus bolsillos, Frédéric alargó hacia la gorra tendida su mano cerrada, la abrió con pudor y depositó en ella un luis de oro. No era la vanidad lo que le impulsó a dar tal limosna ante ella, sino un pensamiento de bendición a ella asociado, una efusión del corazón casi religiosa.

Arnoux le mostró el camino y le invitó cordialmente a descender. Frédéric afirmó que acababa de almorzar; muy al contrario, se moría de hambre, pero no le quedaba ya un céntimo en el bolsillo. Luego pensó que tenía tanto derecho como cualquier otro a estar en el comedor.

Comían algunos burgueses en torno a las mesas redondas entre las que circulaba un camarero; los Arnoux estaban al fondo, a la derecha; él se sentó sobre un largo banquillo tapizado de terciopelo, con un periódico que había recogido en él.

Debían ellos tomar en Montereau la diligencia hacia Chalons. Su viaje a Suiza habría de durar un mes. La señora Arnoux censuró a su marido por su debilidad con la pequeña. Él murmuró a su oído algo gracioso, sin duda, pues ella sonrió. Luego, él se molestó en correr tras ella la cortina de la ventana.

El techo, bajo y blanco, reflejaba una luz cruda. Frédéric, situado frente a ella, distinguía la sombra de sus pestañas. Ella mojaba sus labios en su vaso, partía una corteza de pan entre sus dedos; el medallón de lapislázuli, sujeto a su muñeca por una cadenilla de oro,

sonaba de vez en cuando contra su plato. Los que estaban allí no parecían, sin embargo, observarla.

A veces, por las portillas, se veía deslizarse el flanco de una barca que se acercaba al navío para tomar o dejar viajeros. Los comensales se inclinaban hacia las portillas y nombraban los lugares ribereños.

Arnoux se quejaba de la cocina; protestó considerablemente al recibir la cuenta y logró reducirla. Luego se llevó consigo al joven hacia proa para beber *grog*s. Pero Frédéric no tardó en volver al lugar al que ya la señora Arnoux había regresado. Estaba leyendo un pequeño volumen con tapas grises. De vez en cuando se elevaban las comisuras de su boca, y un relámpago de placer iluminaba su frente. Se sintió celoso de quien había inventado lo que tanto le agradaba. Mientras más la contemplaba, mayor era el abismo que sentía abrirse entre ambos. Se decía que se precipitaba el momento en que tendría que dejarla irrevocablemente, y ello sin haberle arrancado una palabra, sin dejarle tan siquiera un recuerdo.

Una llanura se extendía a la derecha; a la izquierda, un herbazal ascendía suavemente hacia una colina en la que se veían viñedos, nogales, un molino entre el verdor y, más allá, unos senderos zigzagueantes sobre la roca blanca que lindaba con las orillas del cielo. ¡Qué dicha subir juntos, con el brazo en torno de su cintura, mientras su vestido barrería las hojas amarillentas, escuchando su voz, bajo la irradiación de sus ojos! El barco podía detenerse; no tenían ellos más que descender; y, sin embargo, algo tan sencillo como eso no era más fácil que detener el sol.

Un poco más lejos apareció un castillo de puntia-gudo tejado, con torreones cuadrados. Ante su facha-

da se extendía un parterre de flores; y las avenidas se hundían como oscuras bóvedas bajo los altos tilos. Se la imaginó paseando al borde de las charmillas. En aquel momento, una joven pareja apareció en las gradas, entre las macetas de los naranjos. Luego se borró todo.

La niña jugaba en torno suyo. Frédéric intentó darle un beso, pero ella se ocultó tras la criada; su madre le reprochó que no fuera amable con el señor que le había salvado su chal. ¿Era una incitación indirecta?

«¿Se decidirá, al fin, a hablarme?», se preguntaba él.

El tiempo apremiaba. ¿Cómo obtener una invitación a la casa de los Arnoux? No se le ocurrió nada mejor que hacerle observar el color del otoño, a lo que añadía:

—Dentro de poco ya, el invierno, la estación de los bailes y de las cenas.

Pero Arnoux estaba muy ocupado con sus equipajes. Apareció la ribera de Surville; se aproximaban los dos puentes; pasaron ante una cordelería y luego ante una fila de casas bajas; había debajo calderas de brea, astillas de leña; corrían los niños por la arena, jugando al corro. Frédéric reconoció a un hombre con un chaleco con mangas, le gritó:

—Date prisa.

Llegaban. Buscó con dificultad a Arnoux entre la muchedumbre de pasajeros, y el otro le estrechó la mano y le respondió:

—Encantado, querido señor.

Cuando pisó el muelle, Frédéric se volvió. Ella estaba cerca del timón, de pie. Él le envió una mirada en la que había tratado de volcar toda su alma; como si él

no hubiera hecho nada, ella permaneció inmóvil. Luego, sin consideración a los saludos de su doméstico, preguntó:

—¿Por qué no has traído el coche hasta aquí?

Se excusó el buen hombre.

—¡Qué torpe! ¡Dame dinero!

Y se fue a comer a una fonda.

Un cuarto de hora después sintió el deseo de entrar como al azar en el patio de las diligencias. ¿Tal vez la vería de nuevo?

«¿Para qué?», se dijo.

Y partió en la «americana»¹. No pertenecían a su madre los dos caballos. Había pedido prestado uno al señor Chambrion, el recaudador, para engancharlo al suyo. Isidore, que había partido en la víspera, había descansado en Bray hasta la tarde y dormido en Montereau. Los caballos estaban, pues, frescos, y trotaban con viveza.

Los ya segados campos se prolongaban hasta perderse de vista. Dos hileras de árboles bordeaban el camino; se sucedían los montones de guijarros, y poco a poco, Villeneuve-Saint-Georges, Ablon, Châtillon, Corbeil y los demás lugares, todo su viaje, le volvían a la memoria de una forma tan nítida que distinguía ahora detalles nuevos, particularidades más íntimas; bajo el último volante de su vestido pasaba su pie en un menudo botín de seda, de color marrón; el toldo de cotí formaba un ancho dosel sobre su cabeza, y las pequeñas borlas rojas temblaban continuamente al soplo de la brisa.

Ella se parecía a las mujeres de los libros románti-

1. Carruaje ligero de cuatro ruedas, con tiro de dos caballos.

cos. Rehusaba él añadir o quitar algo a su persona. El universo acababa repentinamente de ensancharse. Ella era el punto luminoso en el que convergía el conjunto de las cosas; y, mecido por el movimiento del coche, con los párpados semicerrados, la mirada en las nubes, se abandonaba él a una alegría soñadora e infinita.

En Bray no pudo esperar a que dieran avena a los caballos, se adelantó por el camino, solo. Arnoux la había llamado «Marie». Gritó muy alto «¡Marie!». Su voz se perdió en el aire.

Un vasto color púrpura inflamaba el cielo por poniente. Grandes hacinas de trigo, que se levantaban en medio de los rastrojos, proyectaban sombras gigantes. Un perro ladró en una granja, a lo lejos. Él se estremeció, presa de una inquietud sin causa.

Cuando Isidore le hubo alcanzado, él se sentó en el pescante para guiar. Se había sobrepuesto a su flaqueza. Estaba resuelto a introducirse como fuera en casa de los Arnoux y a relacionarse con ellos. Su casa debía de ser divertida, y además Arnoux le era simpático. Y luego ¿quién sabe? Le subió una oleada de sangre al rostro y le zumbaron las sienes; hizo restallar el látigo, sacudió las riendas e imprimió a los caballos un galope tan rápido, que el viejo cochero repetía:

—¡Despacio! ¡Más despacio! ¡Que les va a dar el ahogúo!

Poco a poco Frédéric se calmó, y escuchó a su doméstico.

Se esperaba al señor con gran impaciencia. La señorita Louise había llorado, porque quería venir en el coche.

—¿Quién es la señorita Louise?

—La pequeña del señor Roque, ¿sabe?

—¡Ah, sí! Lo había olvidado —replicó Frédéric con indiferencia.

Los caballos ya no podían más. Cojeaban uno y otro; y sonaban las nueve en Saint-Laurent, cuando llegaron a la plaza de Armes, ante la casa de su madre. La espaciosa casa, con un jardín que daba al campo, aumentaba la consideración de que gozaba la señora de Moreau, la persona más respetada del lugar.

Procedía ella de una vieja familia de hidalgos, extinguida a la sazón. Su marido, un plebeyo con el que le habían desposado sus padres, había muerto de una estocada, durante su embarazo, dejándole una fortuna comprometida. Ella recibía tres veces por semana, y de vez en cuando ofrecía una gran cena. Pero el número de bujías estaba calculado de antemano, y ella esperaba con impaciencia la recaudación de sus rentas. Esa estrechez, disimulada como un vicio, le ensombrecía el carácter. Sin embargo, ejercía sus virtudes sin ostentación de gazmoñería y sin acrimonia. Sus menores dádivas de caridad parecían grandes limosnas. Se le consultaba para la elección de los sirvientes, la educación de las jóvenes damiselas, el arte de las confituras, y monseñor se alojaba en su casa en sus visitas pastorales.

La señora Moreau abrigaba una gran ambición para su hijo. No gustaba ella de oír censurar al Gobierno, por una especie de anticipada prudencia. Él necesitaría de protecciones al principio; luego, gracias a sus cualidades, llegaría a ser consejero de Estado, embajador, ministro. Sus triunfos en el colegio de Sens legitimaban ese orgullo: había logrado el premio de honor.

Cuando entró él en el salón, todos se levantaron con gran estrépito y le abrazaron; con las sillas y sillo-

nes se trazó un amplio semicírculo en torno a la chimenea. El señor Gamblin le preguntó inmediatamente su opinión sobre la señora Lafarge¹. Este proceso, que hizo furor en la época, no dejó de suscitar una violenta discusión; la señora Moreau le puso término, con gran pesar del señor Gamblin, que la juzgaba útil para el joven, en su calidad de futuro jurisconsulto, y que salió del salón, ofendido.

Nada podía sorprender en un amigo del tío Roque. A propósito del tío Roque, se habló del señor Dambreuse, que acababa de adquirir la propiedad de la Fortelle. Pero ya el recaudador había apartado a Frédéric, para preguntarle su opinión acerca de la última obra de Guizot. Todos deseaban saber de sus asuntos; y la señora Benoit se las arregló hábilmente para informarse de su tío. ¿Cómo iba el buen pariente? Hacía tiempo que no se tenían noticias de él. ¿No tenía un primo lejano en América?

La cocinera anunció que la sopa del señor estaba servida. Todos se fueron, por discreción. Una vez solos en la sala, su madre le preguntó en voz baja:

—¿Y bien?

El anciano le había recibido muy cordialmente, pero sin mostrar sus intenciones.

La señora Moreau suspiró.

«¿Dónde estará ella ahora?», pensó él.

1. Acusada con pruebas tan débiles como oscuras del envenenamiento de su marido, y condenada a cadena perpetua en septiembre de 1840, Marie Cappelle Lafarge protagonizó uno de los más discutidos procesos judiciales de los anales franceses. El caso dividió apasionadamente a la opinión pública francesa y europea, y tuvo una particular resonancia en España, por hallarse involucrado un español, un tal Félix Clavé.

La diligencia rodaba, y, envuelta en su chal, ella apoyaba en el respaldo del asiento su hermosa cabeza adormecida.

Subían a sus habitaciones, cuando un camarero del *Cisne de la Cruz* se presentó con una esquila.

–¿Qué ocurre?

–Es Deslauriers, que me necesita –dijo él.

–¡Ah! ¡Tu camarada! –dijo la señora Moreau, con una risita despectiva–. Verdaderamente, ha escogido bien la hora.

Frédéric vacilaba. Pero la amistad fue más fuerte. Cogió su sombrero.

–Al menos, no tardes mucho –le dijo su madre.

Capítulo 2

El padre de Charles Deslauriers, ex capitán de infantería, dimisionario en 1818, había regresado a Nogent para casarse, y, con el dinero de la dote, compró una plaza de ujier que apenas le daba para vivir. Agriado por las injusticias y por las secuelas de sus viejas heridas, y siempre nostálgico del Emperador, desahogaba sobre su familia los ataques de cólera que lo sofocaban. Pocos niños recibieron más golpes que su hijo. El chico no se sometía, pese a las palizas. Cuando la madre intentaba interponerse, se veía tan maltratada como él. Al fin, el capitán lo colocó en su despacho, donde durante todo el día lo tenía encorvado sobre su pupitre, copiando actas, lo que le desarrolló visiblemente más el hombro derecho que el otro.

En 1833, a instancias del presidente, el capitán vendió su oficina. Su mujer murió de un cáncer. Él se fue a vivir a Dijon, y luego se estableció como traficante de hombres¹ en Troyes; y habiendo obtenido una media beca para Charles, lo metió en el colegio de Sens, donde lo encontró Frédéric. Pero uno tenía

1. El sistema de redención a metálico, en el alistamiento por sorteo, daba a los reemplazantes un valor mercantil, que originó un verdadero comercio de hombres.

doce años y el otro quince y, además, mil diferencias de carácter y de origen les separaban.

Frédéric poseía en su cómoda toda clase de provisiones y de cosas refinadas, como, por ejemplo, un estuche de aseo. Le gustaba levantarse tarde de la cama, contemplar el vuelo de las golondrinas, leer obras de teatro. Por echar de menos las comodidades del hogar, le parecía muy ruda la vida del colegio.

Era buena, en cambio, para el hijo del ujier. Trabajaba tan bien que al cabo del segundo año pasó a la clase de tercero. Sin embargo, ya fuese a causa de su pobreza o de su carácter belicoso, le rodeaba una sorda malevolencia. Una vez, como un sirviente le hubiese llamado hijo de pordiosero, le saltó al cuello y lo habría matado sin la intervención de tres jefes de estudios. Arrebatado de admiración, Frédéric le estrechó en sus brazos. A partir de aquel día, la intimidad fue completa. La amistad de un *mayor* halagó, sin duda, la vanidad del pequeño, y el otro aceptó feliz aquella abnegación que se le ofrecía.

Su padre lo dejaba en el colegio durante las vacaciones. Una traducción de Platón, abierta por azar, le entusiasmó. Entonces se aficionó a los estudios metafísicos; y rápidos fueron sus progresos, pues abordaba esos estudios con fuerzas juveniles y con el orgullo de una inteligencia que se emancipa; Jouffroy, Cousin, Laromiguière, Malebranche, los escoceses, todo lo que contenía la biblioteca, pasó a través de su ávido apetito. Había tenido que robar la llave para procurarse los libros.

Las distracciones de Frédéric eran menos serias. Dibujó en la calle de los Trois-Rois la genealogía del Cristo, esculpida en un poste, y luego el pórtico de la